

Más allá del hombre, los límites y la identidad

Ernesto Martín Reche. Universidad de Málaga

Una de las preguntas habituales en filosofía es la cuestión sobre la identidad humana. Una cuestión que necesitamos formular y reformular en cada periodo del pensamiento. Actualmente sabemos que esta pregunta pasa inevitablemente por descubrir lo específicamente humano y la construcción narrativa de la identidad. En estas páginas, quisiera defender que, para entender mejor lo que es el hombre y para lograr una mejor comprensión de su identidad, resulta necesario también recoger un planteamiento menos habitual en el debate filosófico y más frecuente en las narraciones mitológicas, las leyendas o la actual literatura de ciencia ficción: la delimitación del ser humano mediante su reconocimiento en aquello que no lo es, lo monstruoso.

Hay numerosos factores, distintos si seguimos a un autor de una corriente u otra, que intervienen en la creación de la identidad y, también, del ser humano mismo. A lo largo de este breve estudio me centraré en la tesis de que, quizás, en lugar de intentar obtener directamente una definición concreta de qué es lo específicamente humano, resulte más fructífero dar un rodeo y explorar los límites de lo no-humano, lo inhumano, lo transhumano, lo infrahumano y lo monstruoso. Quizá, al ver nuestras fronteras, al trazar los contornos de lo inhumano, o de lo monstruoso, se entienda mejor qué es lo específicamente humano.

Mi intención es, en primer lugar, mostrar que la búsqueda por lo específicamente humano pasa por estudiar aquello en lo que nos reflejamos y que está más allá del hombre. El siguiente paso será poner en relación la delimitación de lo específicamente humano con la creación narrativa de la identidad humana.

La pregunta acerca de lo específicamente humano pasa inevitablemente por observar aquello que no es humano. En la edad clásica el hombre era definido como “animal racional”. “Racional” actúa como restrictivo de animal, ya que el hecho de que el hombre es un animal era una cuestión evidente en ese momento histórico. A diferencia de nosotros, no plantean las preguntas antropológicas tomando como punto de partida el análisis de una autoconciencia, sino que desarrollan las consideraciones antropológicas tras –y en el contexto de– una investigación sobre los seres vivos, comenzando por los vegetales¹. La cuestión verdaderamente relevante por tanto es la especificación misma que realiza sobre el hombre. El hombre se define mediante el contraste con lo que hay a su alrededor, con el mundo que le rodea, con aquello que es semejante a él y a la vez distinto. En este caso se define en contraste con lo que le resulta más semejante, los animales, señalando su pertenencia a ellos a la vez que denotando su característica diferenciadora, su *diferencia específica*, la racionalidad.

¹ Este argumento está expuesto claramente en el estudio J. V. Arregui. “Animales que se autointerpretan. Una visión de la antropología”. A. Diéguez (ed), *Historia sencilla de la filosofía reciente*. Málaga: Ediciones Aljibe, 2003.

Pero además de esta definición según un género y una diferencia específica respecto de los seres reales, la mente humana —en todas las épocas— ha creado desde su imaginación, seres semejantes y a la vez diferentes a nosotros. Lo inhumano, como tal, aparece en las primeras narraciones, en los mitos más antiguos. En ellos aparecen criaturas que no caben dentro de nuestra especie: Gigantes, titanes, sirenas, faunos, etc... Aunque lo relevante es que todos ellos poseen características similares a los seres humanos a la vez que son radicalmente diferentes.

En la antigua Grecia la mayoría de las criaturas mitológicas tenían un significado muy claro y delimitado. Los titanes, por ejemplo, eran la furia irracional de los elementos y la naturaleza primigenia, aquello que escapaba a todo control humano. Junto a los titanes encontramos los dioses, fuerzas caprichosas que dominan un aspecto u otro de la vida humana. Los hombres no poseen los poderes de los dioses ni la fuerza de los titanes, necesitan “negociar”, suplicar a los dioses para lograr que las fuerzas de la naturaleza se amolden a las necesidades de la agricultura o de la ganadería. De esta forma es como el hombre se define o se delimita frente a poderes superiores, queda delimitado mediante la definición de un ser no humano, creado por su propia imaginación.

El hombre es un ser que se autointerpreta que necesita conocerse, interpretarse y reinterpretarse para averiguar su lugar en el mundo. Averiguar su lugar en el mundo significa saber qué es lo que nos hace ser humanos. En la actualidad consideramos que lo específicamente humano es la autoconciencia², una autoconciencia que bien podría resumirse en que poseemos la experiencia de una vida mental. Una vida interior llena de recuerdos, deseos y preferencias. Este aspecto nos diferenciaba radicalmente de animales y plantas. Sin embargo, hoy, en el mundo actual que el hombre ha creado y en el que vive, ese mundo que es fruto del trabajo humano pero que a la vez es condición de posibilidad de nuestra existencia, han aparecido otros seres: las máquinas. Si bien es cierto que las máquinas, especialmente los ordenadores actuales, están lejos de ser similares a los humanos, la imaginación del hombre ha creado —de un modo paralelo a cómo lo hiciera la antigüedad— monstruos mecánicos que pueblan el ámbito de lo inhumano respecto del que nosotros nos autodefinimos.

Los robots, los androides y los cyborgs son seres que poseen muchas de las características del ser humano, piensan, hablan e incluso son conscientes de su propia existencia sin ser genuinamente humanos. En la película, recientemente estrenada en cines, “Yo, robot”, inspirada en las ideas de Isaac Asimov, hay una escena especialmente reveladora: Un robot, un ser mecánico que emula la inteligencia humana, aunque a diferencia de nosotros no posee emociones ni nuestro aspecto físico, discute con un agente de policía sobre lo que es ser humano. El policía le echa en cara al robot su inhumanidad, intenta hacerle comprender que él sólo es una máquina y que es completamente distinto de un ser humano. Para ello le explica que, siendo como es una máquina, jamás podrá hacer “cosas humanas” como componer una sinfonía o convertir un lienzo en blanco en una obra de arte...

La contestación del robot es sumamente interesante: “¿Y tú? ¿Puedes hacerlo?”.

Esta escena resulta relevante en tanto que pone de manifiesto que no es tan sencillo especificar qué nos hace humanos. En la escena de “Yo, robot” se esgrimen los sentimientos, las emociones y el arte como la esencia humana frente a la máquina por-

² J. V. Arregui, “Animales que se autointerpretan. Una visión de la antropología”.

que actualmente nos parece que las características diferenciadoras del hombre son esas. Pero no siempre fue así, si observamos el mapa de la historia podemos comprobar que a lo largo del tiempo el ser humano ha intentado definirse de formas muy diversas.

Me gustaría recoger brevemente algunos puntos importantes expuestos por Rodríguez Valls³ acerca de la constitución de la identidad humana. Para él, la identidad humana está constituida, en primer lugar y de forma principal por la memoria personal y de forma secundaria por la memoria histórica. Siguiendo sus propias palabras aclararé que: “[...] la memoria es siempre memoria mía, memoria de la propia experiencia, memoria del sujeto, biografía. Ciertamente hay una memoria colectiva, una memoria histórica heredada de la tradición, de los hechos de los antepasados. [...] Pero esa memoria histórica tiene que encajarse en la memoria personal como algo que le pertenece, como algo que propició la presencia del sujeto individual y la circunstancia donde el sujeto personal se encuentra”. Por todo ello debemos entender que la memoria biográfica, la memoria del sujeto es la base principal donde se sustenta la identidad y que la memoria histórica es un sustrato que alimenta esa memoria biográfica de forma que la hace comprensible a la vez que le da una perspectiva más amplia.

En segundo lugar encontramos la narración personal en la que confluyen las dos anteriores. La memoria biográfica, que no es mera plasmación de recuerdos, se realiza mediante un proceso narrativo. El yo se cuenta la historia de sí mismo, sus experiencias, sus vivencias y al contarlas emplea la perspectiva, el sentido, de la memoria histórica. Por lo tanto al hablar de la identidad debemos tener en cuenta que no proviene simplemente de lo que le ha ocurrido a alguien, sino de cómo se lo ha “contado” o “narrado” a sí mismo.

En tercer lugar, el cuerpo. La importancia del cuerpo no siempre ha sido tenida en cuenta. Lejos de entender el cuerpo como mera cárcel o mero accidente del ser humano, debemos tener en cuenta que el cuerpo sirve como delimitador físico. De igual forma las acciones que inciden sobre nuestro cuerpo afectan a nuestra narración sobre nosotros mismos (por ejemplo cuando tengo un accidente y mi cuerpo es modificado). Así mismo, extendiendo este argumento, el cuerpo influye de forma decisiva en la identidad, en nuestra narración sobre nosotros mismos, desde nuestra infancia. Si, por ejemplo, poseemos un cuerpo débil tendremos a vernos como débiles y eso influirá de una manera u otra en nuestra narración.

Por otra parte el cuerpo sirve, tanto a nivel genético como estructural, para definirnos como una unidad organizada que se mantiene mediante pequeñas variaciones a lo largo del tiempo y proporcionan un “ancla”, un punto de unión, a la historia que tengo de mí mismo. De la misma manera el cuerpo es nuestro mediador con el mundo. Interactuamos con el mundo porque somos un cuerpo y el mundo llega hasta nosotros porque somos un cuerpo. Es por esta razón que nos facilita la labor de dar límites que permiten definirnos. Un ser humano es aquel que, por defecto, es mortal, posee carne y huesos, sangre y piel, que necesita respirar, comer y beber... El cuerpo nos da algunos límites claros de lo que es ser humano.

En cuarto y último lugar, Rodríguez Valls señala otros factores en la constitución de la identidad: los amigos y la familia que influyen, con sus opiniones, acciones y formas de vernos en nuestra propia narración. Dicho de forma sencilla, si mis amigos y

³ F. Rodríguez Valls, *La mirada en el espejo, ensayo antropológico sobre Frankenstein de Mary Shelley*. Oviedo: Septem Ediciones, 2001.

mi familia, o en definitiva la gente que me importa me ve como una persona alocada o como una persona muy seria, ese punto de vista influye en la historia que cuento de mí mismo. Ya que al ser gente que me importa concedo una credibilidad a sus criterios y por tanto tampoco pueden equivocarse completamente conmigo. Es interesante observar que la familia es un ambiente que no escogemos. Nacemos en el seno de una familia y estos factores influyen en nuestra perspectiva de las cosas. La familia proporciona parte de la memoria histórica que ya mencioné anteriormente y, por tanto, es un factor, en gran medida aleatorio, que ha de tenerse en cuenta a la hora de estudiar la identidad.

Desde mi punto de vista, la identidad humana está integrada por todos estos factores, sin embargo la memoria histórica de la humanidad, el concepto que el hombre tiene de sí mismo, cae directamente en el campo de la especificidad humana. Y es necesario aclarar primero este punto o, al menos, como funciona para poder entender la identidad humana. El debate sobre la medida de lo humano, sobre la especificidad de éste, parece perdurar desde hace más de veinticinco siglos⁴. Marín ha recogido en su libro *La invención de lo humano* los puntos fundamentales de la búsqueda de lo específicamente humano en la antigua Grecia. Reflejar la perfección del hombre era una de las pasiones de la antigua Grecia. Tratar de captar los cánones que definían al ser humano, tanto en la filosofía como en el arte, era una necesidad imperiosa si se quería ser fiel a la realidad.

Siguiendo el camino del arte, me voy a centrar en la literatura, ya que la narración literaria es un campo donde la antropología narrativa puede obtener más detalles de cómo se construyó la esencia humana en la antigua Grecia. Dentro de la literatura clásica los ejemplos más estudiados y documentados son los de Aquiles y Ulises. Aquiles es un hombre, pero al mismo tiempo posee la invulnerabilidad de un dios. Es el arquetipo de héroe griego, es el guerrero por excelencia y aunque posee el poder de un dios sigue siendo humano, como lo demuestra su punto débil, el talón. Pese a su invulnerabilidad sigue siendo mortal y por lo tanto pertenece a la especie humana. Siguiendo de nuevo a Marín, el héroe no escapa de nuestra especie. En la antigua Grecia, el héroe es la realización plena del ser humano, su máximo exponente. Aunque no escapa totalmente a lo humano es un caso límite. Quizá, el ejemplo actual más parecido sería el de los superhéroes en los comics y el cine. Naief Yehya ha señalado la importancia de la figura de los superhéroes como los límites entre lo humano y lo inhumano⁵. El personaje del superhéroe es un ser que, aun poseyendo algún don especial (como la invulnerabilidad de Aquiles), sigue perteneciendo a la especie humana. Estamos de nuevo, ante un caso de espécimen limítrofe de la raza humana, alguien que representa el máximo exponente de la raza. Estos casos límite sirven al hombre para saber cuáles son, de forma positiva, los nuestros.

Para definir a estos personajes es necesario servirse de una narración, una historia que sitúe a los personajes en el mundo, en un mundo poblado de seres no humanos que, en estos casos, ayudan a definir el papel del héroe en el mundo y, por tanto, a definir los límites de lo humano.

En la edad media se sustituyen unos monstruos por otros o se incorporan toda clase de seres espirituales, pero el proceso es similar. Seguimos definiendo el lugar del

⁴ H. Marín, *La invención de lo humano*. Madrid: Iberoamericana, 1997. p. 151.

⁵ N. Yehya, *El cuerpo transformado*. México D. F. Paidós. 2001

hombre en el mundo formulando primero qué no es humano y aprendiendo de ello. El puente entre los monstruos medievales y los nuestros propios se da en la edad moderna. Su principal exponente aparece en Frankenstein. Un ser creado con trozos de seres humanos, un ser al que el propio hombre ha dado la vida (usurpando el lugar de Dios). Un ser que por definición no es humano y por tanto está fuera de nuestra especie y de nuestra sociedad. Si seguimos los pasos de Rodríguez Valls y los aplicamos al monstruo⁶, Frankenstein no posee inicialmente una memoria histórica, es más, tiene que construir, desde cero, la memoria biográfica y además desde un punto en concreto (a diferencia del ser humano que lo hace de forma progresiva). Su cuerpo es deforme y horrible, de forma que él mismo se da cuenta de que está fuera de la raza humana. Las únicas personas que llega a apreciar y valorar le consideran inhumano. Su narración es, por tanto, la de un monstruo y cuando asume su identidad él mismo se define como un ser malvado fuera de la especie humana (ya que no tiene otra opción).

En el mito de Frankenstein se da énfasis por primera vez a la vida interior y al cuerpo de las criaturas fronterizas. El monstruo es un ser limítrofe de la especie humana porque su aspecto y su origen así lo marcan. Su vida interior es tan rica, tan reflexiva, como la de cualquiera de nosotros. Este es, como se verá más tarde, el punto que sirve de puente con nuestros monstruos, el autoreconocimiento.

En la actualidad, la literatura y el cine —los productores de mitos modernos— han creado nuevos monstruos y seres con los que delimitar al ser humano. Los robots, los androides y los cyborgs son los monstruos del siglo XXI, la zona limítrofe. Máquinas semi-humanas y hombres mecánicos son las nuevas fronteras de lo humano. Inteligentes y capaces de emplear una razón similar a la nuestra e indistinguibles mediante el filtro de la autoconciencia son hoy en día el lugar donde el ser humano se vuelve difuso y por tanto el sitio idóneo para encontrar los límites del ser humano.

Ya no nos definimos como animales racionales, ni tampoco como almas divinas atrapadas en cuerpos, ahora tenemos otros parámetros para diferenciarnos de los monstruos actuales. Es debido a esta búsqueda de la delimitación de la especificidad humana por lo que le damos la mayor importancia al cuerpo. Una de las principales características que definen al hombre actual es que *es* un cuerpo, frente a los seres inhumanos como los ordenadores o robots que, pese a tener un intelecto similar, se definen por *poseer* un cuerpo, en lugar de serlo.

Ahora bien, que la identidad humana es una construcción narrativa no es una idea demasiado novedosa. Ricoeur⁷ en “Sí mismo como otro” expone claramente la cuestión que ahora me dispongo a reseñar brevemente. La identidad humana, en sentido individual, se compone de la interpretación que realiza el individuo de una narración que él mismo se cuenta. El hombre es autor y personaje de su propia “novela”, de su propia historia. Esta historia está, por supuesto, influida por aquello que aportan, cuentan, los amigos, familiares, etc... de la persona. Y a su vez, esta narración, esta “novela”, es interpretada y reinterpretada a lo largo de la vida de una persona. Uno de los

⁶ En el estudio de Rodríguez Valls esta argumentación se hace de una forma mucho más detallada y pormenorizada. Yo me he limitado a extraer las conclusiones principales y a aportar algunas propias en un breve resumen.

⁷ P. Ricoeur, *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996.

pocos factores que aporta cohesión a estas narraciones y que mantiene el “hilo conductor” es el cuerpo, el punto de unión, aquello que cambia y permanece a lo largo del tiempo.

Estas ideas de Ricoeur son las que inspiran a Rodríguez Valls a la hora de entender la identidad humana. Ahora bien, si la identidad humana es una suerte de narración sujeta a constante reinterpretación será necesario que la persona que reinterpreta su papel en la vida tenga presente una noción, por muy vaga que sea, de qué es aquello que llamamos “ser humano”, y aquí es donde entra la importancia de la delimitación de la esencia humana. Igual que nuestro cuerpo influye en la interpretación que hacemos de nosotros mismos, la idea de “¿qué es lo específicamente humano?” ha de tener una fuerte resonancia en aquello en que nos convertimos. De la misma forma que en el Frankenstein de Mary Shelley, el monstruo es monstruo porque es tratado como tal, nosotros actuamos de una determinada forma al entendernos como parte del género humano. Entramos de esta forma en la cuestión del reconocimiento, que ya he comentado anteriormente, al hablar de la influencia de las opiniones de los demás en nuestra concepción de nosotros mismos.

Por todo lo dicho a lo largo de este estudio, cabe sostener que, además de la memoria personal, de la memoria histórica y de las relaciones interpersonales, como bien apunta Rodríguez Valls, debemos tener en cuenta el reflejo negativo de la raza humana. Los seres que inventamos, y necesitamos, para definir, aunque sea de una forma neblinosa, aquello que es característicamente humano. Ya que mediante ese “reflejo negativo” podemos acotar un poco mejor cómo comprendemos en este momento la esencia humana.

De la misma forma que la identidad humana se interpreta y reinterpreta constantemente, los límites de la esencia humana requieren una constante revisión y afectan directamente a la imagen que el hombre tiene de sí mismo. En los mitos y las leyendas, en el cine y en la literatura, en las narraciones donde aparecen reflejados los monstruos humanos es donde debemos buscar no sólo los límites y la esencia humana, sino también nuestra identidad. En definitiva, cuando observamos a los monstruos, a aquellos seres que no pertenecen a la especie humana y que, sin embargo, están muy cerca de nosotros debido a sus similitudes... Cuando los estudiamos, nos estamos estudiando a nosotros mismos, vemos en ellos las fronteras de lo humano. Unas fronteras que van cambiando poco a poco, que varían de una época a otra pero que nos permiten vislumbrar mejor aquello que somos. Con cada etapa de la humanidad hemos inventado nuevos monstruos que sustitúan a los anteriores, donde antes había golems ahora hay robots, donde antes había genios ahora hay computadores. Con cada nuevo paso, con cada nueva reinterpretación de nuestros límites, inventamos nuevos monstruos. Seres que sirven de frontera entre lo que es y lo que no es humano y que son el mapa hacia nuestra propia identidad.

Ernesto Martín Reche
Manzanares 22
29014 Málaga
dargentis@terra.es